

Carta a la Academia Nacional de Letras*

Mauricio Ubal

Montevideo, 21 de agosto de 2025.

Estimados miembros de la Academia Nacional de Letras, autoridades y compañeros de AGADU, amigos, colegas, queridos familiares.

En primer lugar, deseo agradecer al profesor Gerardo Caetano sus palabras de bienvenida y a todos los miembros de la Academia por abrir la puerta de esta prestigiosa casa, cargada de simbologías, a un compositor de canciones. Paralelamente agradezco a la Asociación General de Autores del Uruguay (AGADU) por brindarnos el espacio de la Sala Mario Benedetti, una guarida ideal para llevar adelante un recital, al que no por casualidad le asigné el nombre de «Cantando en casa». Por último, estoy profundamente agradecido por la presencia de ustedes aquí, esta noche.

Ha sido para mí un honor esta designación, absolutamente inesperada. Los músicos, los cantautores, no solemos considerar en el horizonte la posibilidad de pertenecer a una Academia de Letras. Nunca estuvo en nuestro radar. Así que, de pronto, este honor se nos transforma también en un desafío y una responsabilidad. En estas últimas semanas he recibido un aluvión de saludos y muestras de afecto, entre las que destaco íntimamente las de muchos de mis compañeros de oficio. Esto me alienta, me ilusiona a soñar entonces que, junto conmigo, adentro mío, entrarán también un poco todos ellos.

Es que pertenezco a esta *troupe* de desvelados que persiguen instintivamente el rastro de una melodía y se internan en su inconsciente para redondear un giro, un salto, un puente. Y con ese anzuelo salimos a pescar palabras, luego imágenes, metáforas o cuentos. La canción se nos vuelve a veces un animal desconocido, imprevisible, que no tiene el aspecto que pretendíamos al principio, un bicho mágico que nos sorprende, nos encanta y a veces nos hace llorar.

* Texto leído al realizarse el acto de ingreso a la Academia Nacional de Letras, con un espectáculo musical que tuvo lugar en AGADU, el 21 de agosto de 2025.

Pertenezco a esta *troupe* de músicos, letristas, poetas y cancionistas que construyen sus «cajitas de viento» de tres minutos, armados, ya sea con una lapicera sobre cualquier papel o tecleando la computadora o digitando su celular. Todos urgidos por la síntesis, anhelando un gramo de infinito para cada palabra, pero sobre todo procurando que sea cantable, que cada sílaba pese sonoramente en el oído del escucha, que nuestra letra se prenda como un arpón (emulando la imagen de Pallares) en su memoria.

No puedo dejar de pensar en todos los autores que me han formado y que me continúan provocando. No puedo hoy nombrarlos a todos, confeccionar listados que serían absolutamente extensos y dentro de los cuales siempre habría una omisión, un olvido injusto. Solo voy a permitirme la licencia de mencionar a esa maravillosa «línea de cuatro» de finales de los años cincuenta, conformada por Osiris Rodríguez Castillos, Aníbal Sampayo, Rubén Lena y Víctor Lima. Antes de ellos: los cielitos rebeldes de don Bartolomé, la veta repentina de cada payador, los cantores criollos, los letristas del tango y de las *troupes*. Luego de ellos cuatro y su embrujo, maduró el trabajo de la generación dorada de cancionistas de los sesenta, artífice de múltiples corrientes y estilos dentro del folclore, lo rural y lo urbano, el candombe *beat* y el «primer rock» local. Esta creatividad crecerá después en el canto popular bajo la dictadura, en los murguistas y carnavaleros, en las nuevas camadas del rock y el pop, en los raperos de hoy. Con toda esta inmensa columna de creadores y compañeros metidos dentro del alma, con sus aportes y su permiso, es que puedo entrar hoy a esta casa.

Agradezco la oportunidad, y me comprometo a dar lo mejor de mí para continuar abriendo puertas y ventanas de esta Torre de los Panoramas, colaborando en robustecer y enriquecer el intercambio de los diferentes lenguajes y códigos de esta sociedad.